

NUEVA ETAPA MARGARITA VALADEZ

En el momento que me gradué de la preparatoria, vi en mí misma que mi vida iba a mejorar mucho más. Supe que todo el esfuerzo que puse durante los doce años anteriores de estudio y mis fines de semana llenos de tareas por fin llegaron a un propósito: cerrar este capítulo y comenzar otro nuevo. Fui aceptada a la universidad California State University Channel Islands la que, por cierto, no era mi primera opción. Cuando recibí las noticias que fui aceptada a la universidad a la que yo quería ir, me sentí plétórica, por la emoción y el orgullo de mí misma. Pero, desafortunadamente, por falta de dinero no pude asistir a la universidad de mis sueños. Desde un principio tuve la idea en mente de que iba a necesitar mucho dinero para poder asistir a la universidad que yo quería, pero aunque no se pudo, no me di por vencida y decidí continuar mis estudios aquí.

Al principio del semestre me sentí nerviosa porque sabía que la universidad es muy diferente a la preparatoria y, por cierto, algo más serio en cuestiones de dinero, estudio, y por la mayoría las ganas que le echas. A los medios del semestre tenía mi cita para tomar mi examen de conducir y, a la primera vez, lo pasé. Estuve muy contenta porque mi lista de propósitos se estaba haciendo más corta cada segundo —bueno, es como se sentía. Después de tener mi licencia, comencé a buscar trabajo porque tenía en mente que no todo en este mundo es gratis y ya era mayor de edad para seguir pidiéndoles dinero a mis padres cada vez que salía con mis amigas, primas o incluso mi novio. Afortunadamente, en el lugar donde mi hermana mayor trabajaba estaban solicitando una persona para trabajar allí mismo. Entonces decidí solicitar y al siguiente día me llamaron para la entrevista. Estuve llena de nervios, sentía mi estómago lleno de mariposas porque no sabía exactamente qué esperar. Ya después de la entrevista al siguiente día, recibí una llamada que sí me habían dado el empleo. Recuerdo exactamente mi primer día de trabajo: era el día de los muertos, no más iba a trabajar unas cuantas horas para empezar y ver qué exactamente sería lo que iba a estar haciendo.

Cuando empecé a recibir mis cheques un poquito más grandes, decidí ayudar a mis papás con algunas facturas que eran necesarias de pagar. Dentro de mí, sentí orgullo de mí misma porque supe que tan siquiera con la cantidad que les daba les ayudaría a pagar lo necesario. Al mismo tiempo que teníamos pagos estábamos esperando ansiosamente que mi mamá le llegara su cita de inmigración para poder tener su residencia. Los meses, semanas, y días pasaron, a veces se sentían largos y otras veces rápidas. Hasta que por fin nos llegó la carta que estábamos esperando por más de veintiún años. Todos estábamos llenos alegría y fe de que nuestra madre pronto podrá ver a sus padres nuevamente sin tener miedo de cómo le haría para regresarse a los Estados Unidos. Marcamos el día de la cita para mi mamá para no olvidar cuándo era y que no se nos pasara. Pasó el tiempo hasta que por fin llegó el día más emocionante para mi mamá. Yo me sentía inquieta porque aún no estábamos seguros qué exactamente le iba preguntar el agente de inmigración a mi

mamá o si iba a tener su residencia. Esa misma mañana recibí una llama de mi hermana mayor, llorando de alegría, que por fin había recibido su residencia. Recuerdo que ni supe qué decir, no más que “oh dios mío”.

Cuando mi papá supo de la emocionante noticia, todos nos pusimos en el plan de que arreglaríamos nuestra casa en México. Nos esperamos tanto tiempo en hacer esto porque mis padres siempre tenían la duda de que nunca llegarían a esta etapa de sus vidas donde ellos tendrían su residencia. Pero ahora cuando mi mamá vaya la primera vez, tendrá un lugar donde quedarse aunque por supuesto también tendría la casa de sus padres con las puertas abiertas. Lo primero que tuvimos en mente de poner fue la luz y también la barda que divide nuestro terreno justo al lado de nuestros vecinos. Después de terminar eso tenemos planes de componer bien el baño y todo lo demás, que, por supuesto, sería todo lo demás que faltaría para completar nuestra casa.

A la misma vez que teníamos en mente de hacer eso, yo estaba en las dudas de que si debería de sacar en plazos una computadora. Mi idea la había compartido con mis primas y hermanas y todas me sugirieron que si en realidad la necesitaba, que la sacara porque luego la que iba a sufrir sería yo misma. Entonces, todas ellas lograron convencerme y siempre me animé a sacar a una computadora aunque fuera en plazos. Lo que me costó para mí fue un precio justo y hasta este momento pues estoy dando pagos por ella cada mes. Me siento alegre de que por fin tengo una computadora para mí misma en vez de pedirla prestada. Sé que cuando la acabe de pagar podré decir que ahora sí es mía y de nadie más.

Aunque hubo obstáculos en mi camino y también en el de mi familia, hemos seguido adelante. Nuevas oportunidades se han abierto en nuestros caminos, algo de lo que siempre estaré agradecida.